

ODRADEK

Domicilio Desconocido

Año I - Febrero 2007 - Número 6
Muestra gratis

www.geocities.com/domicilio_desconocido
domicilio_desconocido@yahoo.com.ar

- *Bueno, ¿cómo te llamas?*
- *Odradek- dice él.*
- *¿Y dónde vives?*
- *Domicilio desconocido - dice, y ríe; claro que es la risa de alguien que no tiene pulmones. Suena más o menos como el susurro de las hojas caídas.*
Franz Kafka

Velocidad crucero

La lectura rápida es un método, según parece, para avanzar por las páginas de un libro pudiendo extraer de ellas lo importante, pero utilizando para eso menos tiempo del que algún promedio indica.

Pero la verdadera lectura rápida, la pesadilla que corroe las almas de los lectores lentos, es otra cosa. Es un don, entregado al azar a algunos elegidos, para desgracia y envidia de los otros, de los que no son. Y no debe confundirse al lector rápido con el lector voraz que todos hemos sido alguna vez, excitados por un enigma o por la obligación de devolver un libro. Eso es sólo una cana al aire, algún modo de participación fugaz en un mundo que no es para todos. El don, mal que nos pese, se manifiesta en la velocidad crucero, no en arranques advenedizos, y es constante y firme.

Uno puede engañarse un rato y decir que esa lectura rápida es también superficial, anodina, y hasta frívola; incluso, se puede acusar a los

elegidos de ser lectores cuantitativos, de producir, por la propia naturaleza de su talento, una mera acumulación. Esta es la manera más sencilla de desatar la perorata defensiva del lector veloz que, acorralado por unos segundos, tratará de justificarse, de explicar que es así como le sale, que no puede de otra manera.

La verdadera lectura rápida es un don, entregado al azar a algunos elegidos.

Ante esto, un lector lento con un resto de dignidad debe retroceder; sabe que esa provocación es una patraña insostenible, una victoria efímera y también un golpe bajo. El lector lento sabe que deslizarse como un tren bala o experimentar el

andar cansino del peatón de las letras no tiene, por definición, nada, pero nada, que ver con el entendimiento o el placer o lo que sea que la lectura traiga.

De vez en cuando, es saludable sin embargo ese atisbo de rebelión contra los que van a leer, en términos absolutos, más que los otros; incluso leerán más rápido aquello que no les gusta, podrán abandonar más rápido un libro imposible, llegarán más vertiginosamente a la página en la que ya todo es insalvable. Son los integrantes, potenciales o efectivos, de la detestable especie de los lectores prolíficos.

Se podrá decir que hay lectores que no son ni de una categoría ni de la otra; pero los tibios nunca fueron interesantes. Es preferible experimentar la envidia, que tiene mala prensa, pero que es, según me dicen, el modo de amor que experimentan los perdedores.

María Martha Gigena

La playa

Llegamos el primero a la tarde. Hacía mucho calor. Nos recibieron, con unas gaseosas, los que iban a alquilarnos la casa por una quincena, esos ingenuos que no sabían realmente a qué se estaban exponiendo. De todas maneras nuestra estadía no fue tan nociva, podrían haber ocurrido cosas peores. No hubo incendios, ni grandes pérdidas materiales. Sólo una vez tuvimos que llamar al plomero y su trabajo fue sencillo: una destapación rápida para sacar los juguetes que se habían atorado en el inodoro. El Ponchi se controló bastante, en realidad. El balance dejó, tan sólo, un pino roto -seguro que lo plantaron hace poco y que todavía no le habían tomado cariño-, tres vasos menos y una fuente convertida en un montón de vidrios.

El calor duró hasta el día siguiente de nuestra llegada, hasta el dos, y después empezaron el frío y las lluvias. Nosotros éramos cinco y luego ocho y por suerte la casa tenía un reproductor de DVD y algunas películas que vimos muchas pero muchas veces. De la última de Scorsese, por ejemplo, recuerdo escenas completas y de *Madagascar*, que la veíamos tres o cuatro veces por día, se nos pegó, al Ponchi y a mí, esa canción tan linda, la que dice en el estribillo: "quiero mover el bote, quiero mover el bote, ¿te gusta?, mueve".

Cuando volvió el sol empezaron las horas de playa: la paleta, el tejo, el mar, el fútbol con amigos ocasionales, otra vez la paleta, castillos de

arena, churros, berlinesas, mate y meterse con el Ponchi hasta que él no hiciera pie y agarrarlo de la mano para saltar las olas más grandes. Y después secarnos al sol.

Además de él y de mi mamá, que fue por un fin de semana, estaban las hijas de mi mujer -las hermanas adolescentes del Ponchi-; la mayor con su novio y la menor con una amiga. La mayor y su novio casi no salían de la casa. Dormían hasta el mediodía, almorzaban -en la cama- y seguían así, tirados, mirando películas, hasta quién sabe qué hora. La menor también se levantaba tarde y cuando su amiga se despertaba se iban, pero no a la playa, al cyber. En general no volvíamos a verlas hasta la noche. Mi mujer y yo caminamos mucho, conversamos, hicimos planes para el futuro. A pesar de que hace más de once años que estamos juntos, nunca nos casamos. Si llegamos a viejos vamos a casarnos, eso fue lo que resolvimos. Cuando vivamos en la playa y alcancemos una edad importante, setenta años o algo así.

El Ponchi estuvo cariñoso con todos, casi no dijo malas palabras y esta vez no lo perdimos en la playa, no fue necesario que los bañeros lo lleven a caballito con toda la gente aplaudiendo alrededor.

Volvimos con las energías renovadas, sin un peso, con tres o cuatro kilos de más y la convicción de que este año sí, todo va a ser distinto, mejor, más lindo, y así será, seguramente.

Ariel Bermani

Contra el hastío del estío

O dio el verano. Me molestan el calor, los mosquitos, la programación televisiva, el vacío teatral, la paupérrima oferta cinematográfica, los escándalos de bordereaux de la revista marplatense y la suspensión de las actividades cotidianas. Me aburre tener tiempo y no saber qué hacer con él. Y para colmo de males, tengo que encontrar un tema para hacer esta columna. ¿De qué hablar cuando no pasa nada? ¿De las últimas tendencias en la Costa Atlántica? ¿De lo caro que está todo en los lugares de veraneo? ¿De que no hay nada más para hacer en Buenos Aires que ir al Planetario a buscar "actitud" o pudrirse frente a la tele viendo cómo vegetan 20 personas? ¡Qué difícil es hallar la punta del ovillo de la escritura y hacerla fluir!

Claro que una forma elegante de sortear el escollo es eludir la palabra propia para hablar de la ajena. Así es que voy a pasar a comentar algunas de mis lecturas del verano. En las febriles 48 horas que pasé cerca del mar, me sumergí en el mundo de Basilio Bartel, el protagonista de la novela *Leer y escribir* (cuya autoría le pertenece al padre del Ponchi, alias Ariel Bermani). De prosa ágil, el texto no pierde nunca la hondura en la narración del pasaje que es -sin más- el aprendizaje de Bartel, un oscuro bibliotecario de vida "desapasionada y rutinaria".

En pleno trance lectofílico, me armé de coraje y enfrenté con bravura las 551 páginas que Alan Pauls necesitó para contar *El pasado*. Este relato es la novela "de educación sentimental" en la que Rímini -el personaje en torno del cual se articula la historia-, lejos del cándido exponente flaubertiano, se nos

presenta como un descarnado ser posmoderno enfrentado al vacío de un presente yermo en el que lo único que hay son restos de ese pasado que se hace presente de manera constante como amenaza.

Bermani y Pauls hacen -cada uno a su manera- lo que Balzac en el siglo XIX: un recorte de la realidad que convierten en ficción, una comedia humana en la que al menos por momentos podemos vernos reflejados.

Pero, irremediamente, muchas veces el control remoto está más cerca que la biblioteca (y no descubro ningún secreto si afirmo que levantarnos de la cama durante la época estival puede significar todo un sacrificio). Tal vez por esta razón la gente opta por elegir la ficción travestida de realidad y se conforma -hipnotizada frente a la pantalla- con el desfile bobo de un homosexual reprimido, una stripper arrepentida, una virgen treintañera y algunos otros ejemplares de la fauna de ignotos y anónimos seres humanos que no tienen absolutamente nada interesante que ofrecer.

A esta altura intuyo dos cosas: que Honoré u Honorato de Balzac jamás sufrió un verano agobiante como el que nos toca a nosotros en suerte, además de

contar con la ventaja de no haber tenido tele... quién sabe si de otra manera no hubiera terminado encerrando a una prostituta, a un tío incestuoso y a otros personajes de baja estofa en algún circo periférico del París del siglo XIX. Y, por cierto, que Bermani y Pauls jamás encontraron las pilas del control remoto.

Vanesa Pafundo

Bermani y Pauls hacen -cada uno a su manera- lo que Balzac en el siglo XIX: un recorte de la realidad que convierten en ficción, una comedia humana en la que al menos por momentos podemos vernos reflejados.

Editorial

Mes a mes intentamos en esta revista mantenernos al margen de cualquier acto que pudiera ensuciar el espíritu artístico de esta publicación. En un mundo perfecto, semejante empresa no implicaría mayores problemas.

Pero en este mundo y en este tiempo que nos ha tocado vivir la corrupción nos rodea. Hace algunos días recibimos en nuestra casilla de correo electrónico una "oferta" de Zaki Ahmed. Este señor trabaja en la sección de auditorías del African Development Bank (A.D.B.) en Ouagadougou Burkina-Faso, West África y en medio de una auditoría descubrió que un cliente muy importante murió el 31 de octubre de 1999 sin dejar herederos que reclamen los 11.5 millones de dólares que tenía en su cuenta. La única forma de sacar ese dinero de la cuenta sin que el banco lo note, es haciendo una transferencia a una cuenta en un banco en el exterior. Y es ahí donde entramos nosotros, ya que el Sr. Ahmed propone depositar en nuestra cuenta el dinero, para que luego le entreguemos el 65% a él y sus socios y nos quedemos con el 35% restante. Discutido el asunto entre todos los que escribimos esta revista, decidimos rechazar la oferta del Sr. Ahmed por una cuestión de ética. Vaya aquí nuestro pequeño granito de arena en el camino hacia un país mas justo, libre y justo.

Mariano Quintero



Una constelación de universos

A todos nos gustan las novelas. Esa sensación de hundirse profundamente en un universo. De conocer, y frecuentar, un grupo de personajes. Y, más aún, las novelas “narrativas”: a todos nos gusta quedar atrapados por la trama, antes que disfrutar de la prosa. Algunos, además, disfrutaban la prosa antes que la trama; pero todos disfrutamos del espesor de un conflicto bien construido y resuelto. Por lo demás, una cosa es condición de la otra: un conflicto sólo se disfruta si está bien escrito. Lo contrario, por supuesto, no necesariamente es cierto.

Puestos entre la espada y la pared, sin embargo, yo elijo los libros de cuentos. No los cuentos; sino los libros de cuentos. La secuencia disruptiva que articula una selección de cuentos me estimula, me permite imaginar una constelación de universos incompletos y breves. Una miniatura del potencial proteico de toda literatura.

Lo que es un problema: porque no existe el libro de cuentos perfecto, compacto, brillante. El mismo concepto antológico que los guía es su fatal condena. Una novela es un todo orgánico,

una entidad cuyas partes solidarias se compensan y mejoran o destruyen una impresión: las novelas suelen ser buenas, malas o regulares; rara vez “desparejas”. Así, la novela deja la vívida impresión de que se ha leído un mundo en el que todo está encadenado en virtud de la narración.

El libro de cuentos es siempre un rejunte (aunque el escritor lo haya compilado, aunque se nos diga que fue escrito como una unidad, etc.)

Ese universo funciona como un agujero negro del que entramos y salimos con la misma fuerza y desconcierto: la novela es un género que gana por knock-out: bloquea toda posibilidad de pensar en otra cosa que no sea ella.

Nada parecido sucede en los libros de cuentos. Por brillante que sea el libro (digamos, Ficciones o Bestiario), siempre nos parecerá que hay algunos mejores que otros; y que no hay vuelta, viejo, a nadie puede parecerle mejor “La

secta del Fénix” que “La muerte y la brújula”. Así las cosas, los cuentos ganan la pelea por puntos: es en la trabajosa comparación donde un cuento, dentro de un conjunto de cuentos, se yergue como el mejor.

Y es que el libro de cuentos es siempre un rejunte (aunque el escritor lo haya compilado, aunque se nos diga que fue escrito como una unidad, etc.). Es el lugar en el que las constricciones materiales de la literatura se hacen evidentes. Es posible olvidar, en una novela, que estamos leyendo un libro, un objeto sujeto a los intercambios económicos, una cosa entre las cosas. Un libro de cuentos, en cambio, siempre nos recuerda la condición material de nuestra lectura. Así, en los márgenes, en aquello que no se da a leer, que permanece resistente a la lectura literaria (pero no a la literatura) el libro de cuentos exhibe la tensión que implica la literatura moderna. Los índices, los blancos que pautan el intervalo entre los textos, los títulos: espacios en los que se exhibe la fricción entre la fuerza centrífuga de la escritura y la fuerza centrípeta del libro. De ambas fuerzas, cómo ignorarlo, se nutre nuestra lectura.

Ezequiel De Rosso

Viuda

Estábamos abriendo la librería que teníamos en Pedernera al 500 el día que sucedió. 40 años tuvo el negocio mi marido. La librería era su vida y también fue su muerte. Siempre nos fue bien, todo el barrio nos compraba a nosotros, ni siquiera el Tía de acá a la vuelta logró sacarnos la clientela. Pero en marzo el negocio comenzó a irse barranca abajo y Eugenio, que nunca corrió rápido, no pudo alcanzarlo. Los lápices, las biromes Bic y las tizas se salieron de las cajas, se cayeron de los estantes y comenzaron a rodar por la pendiente. Me parece verlo persiguiendo los útiles, tratando de poner al negocio en su lugar... pero no hubo caso. En abril decidió cambiar de rubro, o mejor dicho enfocarse en un nicho más específico: el de los compradores de hojas, sacapuntas, transportadores, escuadras y demás mercadería angulosa, no tan rodante. Pero no le fue mejor.

Una mañana, el 27 de abril para ser precisos, mientras abríamos el local notamos algo extraño. Los útiles estaban de pie, en fila, como al acecho. Él entró igual. Yo me quedé mirándolo de afuera, tuve miedo. En cambio Eugenio parecía agrandado. Pero los que realmente estaban agrandados eran los útiles. Ni bien cruzó la puerta, un sacapuntas gigante se le subió a la cabeza. El balero de mi querido Eugenio calzó justo en el artefacto que ahora giraba y giraba sin cesar, dejando caer

hacia los costados primero lonjas de piel y pelos, luego pedazos de cráneo y cerebro de mi marido. Cuando hubo quedado bien puntiagudo, Euge debió vérselas con el compás que, con la pata pinchuda en alto, se le vino encima. Se le clavó en el estómago y marcó un círculo en la zona. Hacia allí se dirigió una agujereadora que, cerrándose, perforó sus vísceras. Quisiera sacarme de

encima el olor a sangre y olvidar los gritos que dio el viejo aquella nefasta mañana...

Eugenio trató de incorporarse y alcanzó a sentarse en ángulo recto. Iba a socorrerlo, pero un transportador obtuso lo colocó en un ángulo de 250 grados con su cintura como eje. Le quebró la columna. Él seguía gritando, lloraba, daba pena verlo... Fue entonces que decidí arriesgar mi vida y entrar al negocio. Lo cargué sobre mi hombro y lo deposité en la vereda. Le puse un ojalillo en la panza, le pasé papel

secante por la cabeza, pero no hubo caso... Era un despojo inservible y en carne viva. Por eso tomé una goma lápiz tinta y le di y le di con la parte azul hasta borrarlos del mapa a él y a su dolor.

Ahora estoy pensando en mudarme... No puedo evitar deprimirme cada vez que paso por la puerta del local clausurado y veo, en la vereda, la mancha azul y desprolija que dejé por no haber usado goma blanca, como siempre me recomendaba mamá.

Yanina Bouche



"Pájaros" - Nora Martínez

Ruta equivocada

Salimos con frío, la ciudad estaba congelada, por las calles circulaban pocos autos. No fue fácil llegar a Merlo. Entramos a un boliche con piso de cemento donde varios jugaban al billar. Estoy seguro de que cuando nos vieron estacionar decidieron los chistes a los que nos sometieron mientras tomamos café parados contra el mostrador. Días antes habían matado a un periodista de la zona. Las paredes del boliche estaban tapizadas de páginas con fotos y titulares alusivos a este acontecimiento. La investigación proseguía.

Volvimos a la ruta sin hablar. Habíamos hecho unos cien kilómetros y nos dimos cuenta de que habíamos errado el camino justo en el momento en que la aguja señalaba cero, en que nos estábamos quedando sin nafta.

No había indicios de un pueblo cerca, luego de unos kilómetros divisamos un auto al costado de la ruta. Bajamos para pedir nafta, pero un hombre que estaba con la cabeza bajo el capot abierto giró sobre sí con un 38 largo en la mano. Me dí cuenta de que era capaz de tirar cuando la amartilló. Empezó a decir que ya lo habían asaltado una vez con el mismo cuento. Me acerqué diciendo que no se preocupara, pero gritó que sacara la mano del bolsillo.

Tuvimos que volver al auto bajo la amenaza jadeante del hombre del revólver. Y seguir. Paramos un poco más allá, en un boliche. No tenían nafta pero nos dijeron que a diez kilómetros había un pueblo, Navarro. Después de discutir si llegaríamos o no, seguimos. Llegamos, cargamos nafta y una mujer nos indicó que tomáramos el camino para volver a la ruta 7, que era la que nos llevaría a destino, por decirlo así.

Germán García

Primero vinieron por los elefantes

Primero vinieron por los elefantes. A mí no me importó, yo no era elefante.

Después por los leones y por los monos,
El agua, el petróleo y la capa de ozono,
Las palomas, los mimos y los pericos,
Los rengos y los hinchas de equipo chico,
Los que no tenían los cinco sentidos,
Después se llevaron a los invertidos.
Yo seguía libre de todo pecado,
Mientras se llevaban sudamericanos.
No nos pareció una barbaridad,
Que se llevaran la tercera edad.
Laosianos, rumanos con acordeones,
Duendes buenos con gorritos y dragones,
Luego vinieron por las divorciadas,
Y ya se sabe que nadie dijo nada.
Después se pusieron algo exigentes,
Se llevaban cosas, dejaban la gente.
Demasiado tarde, golpean mi puerta
(soy solo desde que llevaron la sierva).
Mala cosa, asoma el diario debajo,
Dice: “devolvieron a todos”, carajo.

Roberto Garriz

El gimnasio

La mujer de al lado habla con visitas imaginarias. Parientes, amigos, vecinos, incluso algún alumno de cuando daba clases de dibujo en su casa, de la que nunca se marchó. El otro día entabló el diálogo que sigue, muy animada, y después no la vi por un buen rato:

“Mire lo que pusieron ahí. Un gimnasio. ¿Ve? Toda la esquina de vidrio. Si se asoma va a ver que está lleno de aparatos. Todo hierro, todo oscuro. Las paredes frías, azules. La música también fría, sin sentido. A un volumen como para animar una fiesta de doscientas personas. Pero casi no hay nadie... Aquí la gente no es de ir al gimnasio.

A veces los cambios vienen porque sí y de un día para otro una se encuentra parada ante un negocio como éste y para qué. Qué se gana, no sé. ¡Claro que me acuerdo qué había antes ahí...! Perfectamente. Antes, ahí mismo, en esta misma esquina, estaba la heladería La Sarita. No recuerdo bien cómo era de afuera. A veces quiero dibujarla y no me acuerdo. Salíamos a jugar a la vereda y en una zambullida ¡shum! ya estábamos colgados del mostrador pidiendo helado de

frutilla. Los tres: mi hermano, yo y la sobrina del dueño. ¡Hemos comido kilos de helado de frutilla!

El mostrador sí lo recuerdo bien. Perfectamente. Altísimo. Podría dibujarlo ya mismo.

*Magenta con reflejos
de carmín y blanco
para los helados
de frutilla que se
asoman allí arriba,
en la gran cima,
hacia las manos
de los tres.
Mírenos.*

Tablones de madera de dos metros ochenta de alto por unos cuarenta centímetros de ancho, tan alto era que apenas nos dejaba ver la frente canosa y los ojos casi transparentes del tío de Sara. Una larga hilera de tablas creciendo desde el piso. Un

verdadero cañaveral, gigante, bordeando la esquina de punta a punta. Una barrera hermética y lustrosa.

¿Cómo lo pintaría? A ver... ¿Un ocre? Usted qué dice. No sabe. Tierra sombra tostada podría ser, amarillo... Magenta con reflejos de carmín y blanco para los helados de frutilla que se asoman allí arriba, en la gran cima, hacia las manos de los tres. Mírenos. Tres pares de manos incrustadas dulcemente en esa cornisa brillantada. Pendientes, esperanzados. Bamboleándonos, al principio suavemente. Hamacándonos con los pies en el aire, hacia un lado y hacia el otro. Y ahí vamos: cada vez más alto, hacia un lado y hacia el otro sin parar, más fuerte, más fuerte, más alto, mareados, hasta tocar con los zapatos el borde superior del mostrador, los cuerpos bien derechos y danzantes, como péndulos, o como agujas locas de reloj que sólo van de 9 a 3. Y después salir volando hacia la plaza, ondulados por la brisa, a sujetarnos de las ramas de los tilos, del ombú. Y de nuevo la danza del reloj. Pero prendidos con una sola mano. En la otra, los helados de magenta.”

Nora Martínez